

LA POSICIÓN DEL ACENTO PREHISTÓRICO LATINO

The traditional prehistorical initial stress theory should be revised. The data that are here dealt with by the author reveal an alternative possibility: vocalic transformations can be likewise explained if we assume that the prehistorical Latin accent fell on the first long vowel of a word or on the first syllable when a word did not contain any long vowel.

Desde el punto de vista diacrónico, el acento latino que conocemos por los textos presenta un problema: tal acento no puede haber sido el mismo en una época históricamente anterior, pues su posición haría inexplicables, por no decir imposibles, muchos casos de apofonías y sín-copas en sílabas mediales. El tipo clásico *sūr'ripīō* (< **sūb-rāpīō*) o aun, sobre todo, *'sūrpiō* hacen impensable que la posición del acento haya sido gobernada, en la época en que estas formas toman cuerpo, por los mismos principios que en latín clásico, ya que, hasta donde alcanzan los datos de los que disponemos, las vocales acentuadas, en razón de la mayor atención o presión que les presta el hablante, son inmunes a tal tipo de transformaciones.

La teoría de un acento fijo de intensidad en sílaba inicial, tesis de la llamada «escuela alemana», que remonta en última instancia a Dietrich¹, presenta la notoria ventaja de que explica bien todas esas transformaciones indicadas, pero también el notable inconveniente de interponer entre el acento indoeuropeo, que suponemos móvil y musical, y el acento latino clásico, móvil y, según algunos, también musical, un acento fijo e intensivo.

Que, por el contrario, las tesis de la mencionada escuela expliquen razonablemente las causas de esas transformaciones, lo prueba —me parece— el hecho de que, tras tanto tiempo y tantas tentativas de encontrar soluciones alternativas, las tesis procedentes en última instancia

¹ A. Dietrich, «Zur geschichte des accents im lateinischen», *KZ* 1, 1852, I, pp. 543-69.

de la formulación de Dietrich en 1852, tengan todavía hoy vigencia entre un considerable número de autores.

La «escuela alemana» ha propuesto, pues, la necesidad de contar, en una época verosímelmente inmediatamente anterior a la que conocemos por los primeros textos latinos, con un acento al que llamamos «acento prehistórico», ubicado en una posición distinta de la del acento histórico conocido por los textos y al que llamaré «acento histórico».

Acertadamente dice Bassols: «el reconocimiento de la existencia del acento prehistórico se debe sólo al deseo de hallar una explicación de las profundas transformaciones del vocalismo latino en sílaba no inicial»². Y, desde luego, hay que admitir que ese acento prehistórico, fijo, inicial e intensivo según la «escuela alemana», da cumplida realización a su deseo.

No obstante, contra las tesis de la «escuela alemana» se ha alzado una serie de voces, razonablemente alentadas por esa traumática e inverosímil interposición de un acento fijo e intensivo entre dos sistemas con acento móvil y quizá musical.

Tradicionalmente agrupamos a estas voces bajo el nombre de «escuela francesa». Estipulativamente, pues —haya existido o no una entidad semejante— llamaré «escuela alemana» a la tesis que sostiene la existencia de un acento prehistórico, fijo, inicial e intensivo; y «escuela francesa», a la que repudia tal posibilidad.

Puesto que en mi examen esas tesis serán tratadas como dos conceptos instrumentales, como dos abstracciones, utilizaré tal terminología. Con lo cual, no sólo ganaré fluidez expositiva, sino que dejaré voluntariamente traslucir que no opero más que con dos abstracciones, rentables, sí, pero probablemente irreales.

Así acento prehistórico (AP) y acento histórico (AH), escuela alemana (EA) y escuela francesa (EF) serán los cuatro puntos cardinales de mi examen.

1. *Sobre la naturaleza del acento prehistórico y algunos principios metodológicos.*

Comienzo advirtiendo de la imposibilidad de tratar aquí con profundidad la cuestión de la naturaleza del acento latino. Fuera ya intensivo o musical, la cuestión no afecta trascendentalmente al tema que fundamentalmente trataré, la posición del acento en el momento en que

² M. Bassols de Climent, *Fonética latina*, Madrid 1976 reimpr., p. 43.

el tipo mencionado de apofonías y síncopas se produce, la posición del AP. Haré, sin embargo, algunas observaciones que considero importantes.

Que, para el caso latino, el responsable de los debilitamientos de vocales no iniciales sea necesariamente un acento y —aun más— sea un acento dinámico es algo que no debe aceptarse sin previa reflexión. Dice Enríquez: «considero falto de realidad y rigor científico plantear el problema de la apofonía como el resultado mecánico de la intensidad inicial»³. No concierne a mi examen si la acción de un acento —única, principalmente o en confluencia equitativa con otros factores— fuera responsable o no de las transformaciones, cuestión que no debatiré. Me interesa, en cambio, indicar algo muy importante: esas transformaciones revelan, si se acepta la estabilidad de las vocales tónicas, una posición indudablemente distinta del acento a la posición de la época clásica.

Sobre la cuestión de que, habiendo sido el acento responsable de esas transformaciones, deba entonces postularse un acento necesariamente intensivo, recordaré estas palabras de Martinet: «Probablemente nos hemos hecho una idea un poco simplista y brutal de la acción de un acento de intensidad. Se ve siempre en él una fuerza ciega a la que nada puede resistir y que destroza sin remedio las distinciones morfológicas o léxicas que tienen la desgracia de darse dentro del vocalismo no acentuado»; y añade: «Incluso pudiéramos llegar a concebir la idea de que no es el acento dinámico el que difumina el timbre de las vocales y suprime las sílabas, sino que son las distinciones de timbre inútiles las que, al difuminarse, pierden una parte de su energía»⁴. No hay, pues, como afirma Mignot, una relación automática entre acento intensivo y reducción parcial del sistema vocálico, pues no sólo existen muchas lenguas con acento dinámico donde no se producen alteraciones de las vocales no acentuadas, sino que, además, según él, se constatan neutralizaciones en lenguas donde no se sabe si hayan poseído alguna vez tal tipo de acento⁵.

Insisto, con todo, en que ello no afecta substancialmente a la tesis que expondré, pues existe un punto sobre el que el acuerdo es universal: una vocal acentuada no sufre ese tipo de neutralizaciones, de lo que de-

³ J. A. Enríquez, «Apunte sobre el problema de la apofonía vocálica en latín», *Actas III Congr. español de EE.CC.*, Madrid 1968, III, p. 91.

⁴ A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos*, trad. A. De la Fuente, Madrid 1974, pp. 240 y 241 respectivamente.

⁵ X. Mignot, «Origine de l'apophonie en latin», *Mélanges E. Benveniste*, Paris 1975, p. 425.

ducimos que en un compuesto de *facio* como *refectus* el acento debió encontrarse en una posición distinta a la del latín clásico, no ya, si se quiere, para propiciar la apofonía de la *a* breve, sino, al menos, para no impedirlo.

2. *La posición del acento prehistórico. Trisilabismo y cantidad silábica.*

Por «principio de trisilabismo» o «ley de la penúltima» entendemos la norma que hace referencia a la imposibilidad de que en época clásica el acento recaiga más allá de la tercera sílaba contando desde la última.

Se trata, pues, de una tendencia subyacente que podríamos sintetizar así: el acento no cae en sílaba final, sino lo más lejos posible de esa sílaba. Y una limitación a esa misma tendencia: no más allá de la tercera sílaba.

Ahora bien, la acentuación **infīcīō*, postulada por la EA, que, desde luego, da buena razón de la apofonía, entraría en conflicto con esa tendencia. Pienso, en consecuencia, que habría que prescindir de aquélla (de la limitación, no de la tendencia) para el período preliterario. En tal caso, tanto *fācīō* como **infīcīō* son explicables por el mismo principio: el acento recae en la primera sílaba, esto es, lo más lejos posible de la sílaba final.

Sabemos también que, para que una limitación mayor o menor a esa tendencia se imponga o no, lo que cuenta en latín clásico es que la sílaba (penúltima) sea prosódicamente larga. Por ello, el acento recaerá igualmente en *āmicūs* como en *dēfēctūs*, donde la sílaba penúltima, cerrada, cuenta como larga.

Puedo aquí discernir una tendencia: el acento recaerá obligatoriamente sobre una vocal larga. Y una extensión de esa tendencia: o sobre vocales breves en sílaba cerrada, es decir, sobre sílabas largas.

Sin embargo, otra vez, la apofonía de aquel último compuesto de *fācīō* no podría (y más si seguimos admitiendo que el acento nunca será oxítono) haber recaído en época preliteraria sino en la sílaba inicial (**dēfēctūs*, **dēfīcīō*). Pienso, entonces, que habría que prescindir para el latín preliterario no de la tendencia, sino de su extensión. Supongo, pues, que la cantidad silábica no era determinante a efectos de posición del acento en aquella época y que *āmicūs* y **dēfēctūs* son explicables por el mismo principio: el acento recae en una vocal larga.

Llego así a la formulación de dos hipótesis:

1) En latín preliterario no es la cantidad silábica, sino la cantidad vocálica la que determina la posición del acento.

Luego, el acento recaerá siempre en vocal larga, salvo en la última.

2) En latín preliterario no hay limitación de posición silábica alguna para el acento.

Luego, no habiendo vocales largas, el acento recaerá siempre en la vocal inicial, ya sea esta penúltima, antepenúltima o incluso anterior a éstas, pues el acento —diríase— huye de la sílaba final, si no encuentra el obstáculo de una vocal larga.

Puedo entonces suponer tres normas generales, diciendo que el acento preliterario latino:

- I) nunca recae en la vocal final,
- II) siempre recae en una vocal larga, y
- III) de no haber vocales largas, es recesivo, recae siempre en la vocal más alejada de la sílaba final, es decir, en la inicial.

La primera norma actúa también en latín clásico. La segunda y tercera responden a las mismas tendencias que actúan en latín clásico, pero liberadas de la restricción de no poder remontarse más allá de la sílaba antepenúltima. En consecuencia, las diferencias entre los dos estados de lengua en cuestión no serían otros que el hecho de que en latín clásico no sólo la vocal larga, sino también la sílaba larga es susceptible de recibir el acento (**dēfēctūs* > *dēfēctūs*), y el hecho de que el acento no pueda recaer más allá de la antepenúltima (**mūlīrēm* < *mūlīrēm*).

Una posible explicación de este cambio sería la influencia analógica de tantas formas del tipo **indūstriā* (ʼΣ̣vc̣ṾΣ) o **adāmāntis* (ʼΣṾvc̣Σ) que pasaron a *indūstriā* (Σ̣vc̣ṾΣ) y a *adāmāntis* (ΣṾvc̣Σ). Pero sobre esto volveré más tarde.

Supuesto provisionalmente que en latín preliterario es la cantidad vocálica y no la silábica la que determina la posición del acento y que éste —como defenderé más tarde— al igual que el AH nunca recae (mientras —claro es— no se trate de un monosílabo) en sílaba final, estoy en condiciones de subsumir lo expuesto en una norma general:

— el acento recaerá en la vocal larga más distante de la sílaba final.

Paso ahora a examinar las posibles realizaciones prácticas de esta norma, y si los datos de que disponemos pueden o no apoyar estas hipótesis, y, en caso afirmativo, intentaré una explicación de las causas de esos fenómenos.

3. *Realizaciones y tendencias. Sobre el acento secundario.*

Si la norma expuesta es correcta, hay que suponer que:

1. Caso de no haber vocales largas, el acento recaerá necesariamente en la vocal inicial.
2. Caso de haber varias vocales largas, el acento recaerá en la vocal más distante de la posición final.

Y una observación: puesto que en latín no hay diptongos largos y puesto que el diptongo se comporta como una sílaba cerrada con vocal breve —por tanto, como sílaba larga—, el AP nunca recaerá en esa vocal breve, en ese diptongo, a no ser que éste sea inicial y no haya una vocal larga en la palabra, en consecuencia, todo diptongo medial será obligatoriamente átono y, por ello, apofónico: **cõncãido* > **cõncẽido* > **cõncido*, con *-ĩ-* por resolución del diptongo, lo que, automáticamente provoca un cambio de posición del acento, *cõn'cido*, es decir, si una vocal salida de un diptongo es siempre larga, como señala Perini⁶, pasará, según mi hipótesis, a recibir el acento siempre que no haya una vocal larga anterior. Proceso convergente con la tendencia que, como vimos y veremos, propendería, en estricta aplicación de mi hipótesis, a situar el acento en la zona prefinal de las palabras.

Puedo también aquí vislumbrar una tendencia, según la cual, toda vocal larga llevará acento, a no ser que exista en esa misma palabra una vocal larga anterior. Esto no sucederá con frecuencia en formas de reducido volumen silábico, y sólo algo más frecuentemente en formas de mayor volumen, donde es previsible que la fisiología imponga al hablante un apoyo, en forma de eco de acento o —si se quiere— de acento secundario, que, en virtud de las tendencias expuestas, deberá incidir sobre la otra o las otras vocales largas posteriores: **dẽpẽrĩrẽ*, forma para la que puede pensarse una acentuación **depe''rĩrẽ*.

Puedo encontrarme también con largas secuencias polisílabas compuestas únicamente por vocales breves, también en esos casos se impondrá la necesidad de un apoyo secundario, pero la ubicación de éste será entonces menos previsible, pudiendo incidir en tal ubicación diversos factores. Por ejemplo, en *mĩsẽricõrdĩã* mi hipótesis postula una acentuación **miserĩcordia*, es, pues, lógicamente esperable un acento secundario **miseri''cordia*, teniendo en cuenta la sílaba cerrada (larga) y la calidad de compuesto de la forma.

Considerando que el sistema del latín clásico manifiesta una reduc-

⁶ G. Bernardi Perini, *L'accento latino*, Bologna 1986, p. 63.

ción del ámbito de operatividad del acento a las dos sílabas prefinals, puedo discernir una tendencia conducente a focalizar el acento en la zona prefinal de la palabra, puedo entonces conjeturar —pero sólo para el caso de formas con varias vocales largas— que el intercambio de acentos principales por secundarios podría haberse realizado del modo más natural posible: **depe''rire* > *depe'rire* —al menos en casos como éste donde las vocales largas no son contiguas.

Considerando que el sistema del AH manifiesta, junto a ese circunscribir el acento a la zona mencionada, una dependencia del mismo respecto a la cantidad silábica, puedo discernir una tendencia conducente a situar el acento de apoyo, caso de no haber vocal larga, en una sílaba larga situada en la zona prefinal. Así una palabra como *miser cordia* que no dispusiera de vocales largas en esas dos sílabas indicadas habría encontrado el camino más sencillo y natural de adaptarse a esas tendencias intercambiando su acento principal por el secundario (*'miseri'cordia*), al menos en casos como éste donde la sílaba larga no es contigua a la acentuada.

4. Apofonías.

Me sería sencillo decir aquí que la teoría expuesta, la cual, en lo concerniente a la posición del AP, difiere en la práctica no demasiado de las tesis de la EA, explica, en primer lugar, todos aquellos casos que dicha escuela explicaba convincentemente, y, en otros casos, la explicación es idéntica —el debilitamiento de las vocales átonas—, sólo que, como veremos, relativa no a un acento fijo (en inicial), sino a un acento móvil, hecho que —me parece— ahorraría no pocas dificultades. Insistiré, por tanto, fundamentalmente en las divergencias.

Según la teoría expuesta, formas como *inficio* se acentuarían necesariamente en latín preliterario **ínflicĭō*, al igual que propugna la tesis del acento fijo inicial, lo que explica bien la apofonía de una vocal breve postónica, apofonía a la que, por otra parte, *fācĭo* es inmune en razón de no hallarse la -ā- en posición átona.

Para la EA, sin embargo, es ese mismo acento inicial el que da razón de la apofonía, por ejemplo, en *contubernalis* (formado sobre *tābĕr-nā*). Según la hipótesis expuesta, en cambio, esa apofonía no tendría lugar a causa de una pronunciación **cōntābĕrnālĭs*, sino **cōntābĕr'nālĭs*, esto es, con igual acentuación que en época clásica. Es decir, dado que, estadísticamente hablando, nos encontraremos frecuentemente con un tipo donde, por falta de vocales largas no finales, el acento recaerá for-

zosamente en la vocal inicial, en todos esos casos la posición postulada para el AP latino por la EA será la misma que la postulada por mi hipótesis, a saber, la de la vocal inicial; y, en tal caso, poco servirá contar con que la vocal inicial sea larga o breve, pues será ya el único lugar susceptible de recibir acento.

Mi hipótesis establece, desde luego, un cambio de perspectiva que —así modestamente lo creo— no presenta mayor dificultad y sí una notoria ventaja, la de reducir el contingente de formas para las que no tenemos atestiguada una acentuación distinta de la clásica. Todas las apofonías (y sínkopas) explicadas por la EA suceden necesariamente en posición postónica. Según mi hipótesis, como en el caso de *contubernalis* (de igual acentuación que en latín clásico), tendrían también lugar en posición pretónica. Haciendo los dos sistemas —el del AP y el del AH— más afines y, en consecuencia, tendiendo un puente entre ellos, su ensamblaje diacrónico resulta menos traumático.

Lenguas con apofonías sistemáticas y con acento no fijo como catalán, portugués o ruso experimentan apofonías (o sínkopas), y a menudo las mismas apofonías, tanto en las vocales postónicas como pretónicas. En ruso, por ejemplo, todas las *o* átonas de КО'ТОРОГО (gen. sg. del pron. КОТОРЫЙ) sufren por igual la apofonía. Encatalán *o*, por un lado, y *a* y *e* por otro, sean ya pretónicas o postónicas, sufren por igual —e igual— apofonía (*con'servo*, *pe'ssetes*). Es curioso que precisamente estas lenguas —en cuyo acento parece, por norma general, más fundamental el componente de la duración que el de la intensidad— presenten acento móvil y no fijo como el que para el latín prehistórico reconstruye la EA, pero es justamente esa movilidad del acento la que mantiene la solidaridad (y rendimiento) del paradigma. Así, por ej., con acento fijo en inicial el ruso * 'ОКНО no podría distinguir entre el nom./acus. sg. ОК'НО, el gen. sg. ОК'НА, y el nom./acus. pl. 'ОКНА.

Existe todavía una pequeña objeción: en los casos (como *contubernalis*) donde la vocal inicial es átona y breve, ¿por qué esa vocal no sufre también apofonía? Me parece que esa objeción es superable si tenemos en cuenta toda esa serie de teorías postuladas por Juret o Monteil y que apuntan a una mayor estabilidad de la sílaba inicial⁷. Hay, pues, al parecer, un cierto esmero en la pronunciación de la sílaba inicial, donde, además, en muchos casos, nos encontraremos con el tema de la palabra, ya sea verbo o nombre, es decir, con su contenido semántico bruto, y, en otros, con proverbios o prefijos de pareja importancia.

⁷ A. C. Juret, *Manuel de phonétique latine*, Paris 1921, p. 299 ss.; P. Monteil, *Éléments de phonétique et de morphologie du latin*, Paris 1970, p. 91 s.

Todo ello, desde luego, puede actuar a modo de cinturón protector de esa vocal átona y breve —incluso en sílaba abierta—, pero lo que ya no parece tan verosímil es que ese esmero, que yo entiendo de protección, tenga la suficiente (y agresiva) fuerza como para provocar apofonías en las vocales sucesivas. En fin, me parece, además, que en este tipo de formas de gran volumen silábico puede sí defenderse, como ya dije, la necesidad (exigida por la fisiología) de acentos secundarios ("contubernalis) que habrían actuado también en la defensa de estas vocales iniciales. Es, en fin, esa estabilidad de la sílaba inicial lo que explica, justifica y, desde luego, propicia el origen de la hipótesis de la EA.

En turco, por ejemplo, donde el acento de palabra es móvil, aunque éste no recaer nunca en la sílaba inicial, es precisamente la vocal de esta sílaba la única que escapa a las neutralizaciones y, además, determina parcialmente la elección de realizaciones vocálicas en las demás sílabas⁸. Igualmente las vocales postónicas son en ruso por norma general pronunciadas más breve y débilmente y con mayor campo de dispersión para su realización fonética que las pretónicas.

No obstante, sería ahora interesante reexaminar si, aun excepcionalmente, pueden encontrarse restos de vocales apofónicas en sílaba inicial (*i* —*bītūmen* < **betu-*; *cīcātrix*, cf. **cecare?*; *cīcīndēla* < **cecand-?*; *cīcōnia*; *cīsōrium* < **caesōrium*; *īmāgo* cf. *aemulus?*; *līdūna* cf. *ledō*; *Nēptūnus* < **nāp-?*; *sīmītū* < **semeitus?*; *lūcūna* = *lacuna*—?).

5. Síncopas.

En lo concerniente a las síncopas latinas, la hipótesis formulada divergería de los postulados de la EA, otra vez, únicamente en el hecho de que tal fenómeno se explicaría por la presión de un acento sito tanto en sílabas acentuadas anteriores como posteriores a la vocal sincopada, tal como acepta la EF. Así una acentuación **āmpōrālā* explicaría la forma clásica *ampulla* y otra acentuación **ōpīfīcīna* explicaría *officina*.

No veo ninguna razón para suponer que la síncopa no pueda ser pretónica o deba producirse necesariamente en la sílaba contigua a la sílaba acentuada. Las formas romances derivadas, por ejemplo de *bonitātem* (ital. *bontà*, cast. *bondad*, fr. *bonté*) muestran que las pretónicas también caen. En fin, no sólo el tipo ruso *χορο'ωο*, con síncopa de la primera vocal (y apofonía de la segunda), indica claramente que es posible la síncopa de una vocal pretónica (y) no contigua a la tónica,

⁸ Cf. P. Garde, *L'accent*, Paris 1968, p. 66.

sino que si, de acuerdo con la EF, postulo que el tipo *iuniores* procede de **iūuēnī(y)ōrēs* (aquí convergente con mi hipótesis), tendré una síncopa de vocal pretónica no contigua; y si, de acuerdo con la EA, postulo que es el tipo **pōrcēlōlōs* (aquí convergente con mi hipótesis) el que origina la forma *porcellus*, tendré igualmente una vocal no contigua de tónica afectada por la síncopa.

El tipo *porcellus* es, además, interesante porque nos advierte del error de suponer que las transformaciones sólo se deban, como algunos han mantenido, en la sílaba segunda. Cuestión distinta es si —como parece— concretas y determinadas estructuras prosódicas del latín propiciaron que en un altísimo porcentaje fuese precisamente esa sílaba y no otra la más vulnerable.

Conviene, por último, recordar que la apofonía está íntimamente vinculada al AP, la síncopa, no; y, marginalmente, que la síncopa parece más relacionada con el acento intensivo que con el musical. La desaparición del AP comporta, al parecer, la de las apofonías. La síncopa, en cambio, perdura.

6. *Acento prehistórico y acento histórico.*

A modo de recapitulación podría decir que, respecto a la causa de las transformaciones vocálicas en sílaba no final, mi explicación concuerda con la de la EA (aunque yo no entro en la naturaleza del acento): es la posición átona la que propicia esas transformaciones, pero difiero por el hecho de que admito que esa vocal átona pueda ir tanto en posición postónica, como necesariamente supone la citada escuela, como pretónica.

En la época literaria, cuando el acento no puede ya retrotraerse más allá de la sílaba antepenúltima, no encontraremos otros casos de vocales átonas breves (postónicas y pretónicas) no finales con apofonías que no sean las mismas vocales las cuales hayan ya sufrido esos cambios en época prehistórica, cuando el acento podía retrotraerse más allá de aquel límite.

En el caso de las postónicas porque, no hallando en su camino vocales largas, el AP debió alcanzar la sílaba inicial, luego toda vocal breve átona posterior habría sufrido ya la presión de ese acento. En el caso de las pretónicas porque, asimismo, todas las vocales breves anteriores a la posición del AP que yo describo, habrían sufrido igualmente esa presión.

En muchos casos, pues, mi tesis es —al contrario de lo que casi

siempre sucede con las tesis de la EA — compatible con la acentuación del AH, ¿cómo puedo entonces estar seguro de que el acento que yo describo no es simple y absolutamente el mismo que el histórico, y de que es aquél y no éste el provocador de la apofonía? No sólo porque, como hemos visto, el AH no puede explicar la apofonía en formas como *defectus*, sino porque, además, éste actúa en una época en la que la apofonía (notablemente más regular y sistemática que la síncope en época prehistórica) ya no tiene lugar.

La apofonía cesa de operar en época literaria. Sabemos que, simplemente, tal fenómeno dejó de producirse, al menos sistemáticamente. En efecto, el testimonio de los préstamos griegos muestra, de modo —en mi opinión— claro, que tales apofonías no tenían ya lugar. Así el doble tratamiento de la alfa breve en los préstamos arcaicos *'crāpŭlā* (κραπίλλη) o *'cāmērā* (καμάρα) con apofonía, y en los recientes *'stōmächŭs* (στόμαχος) o *'sŷngrāphā* (συγγραφή) sin apofonía (ejemplos indiscutibles por cuanto coincide en ellos la acentuación clásica, la preliteraria postulada por la EA y la postulada por mí) muestra dos estadios distintos, uno arcaico apofónico, otro reciente no apofónico, de la lengua latina.

Que las nuevas posiciones del acento (determinadas ahora por la cantidad silábica y limitadas por la «ley del trisilabismo») tuviesen algo que ver con este cambio no parece del todo improbable, pues, no todas las formas presentaban el tipo secuencial que acabo de citar; piénsese, por ejemplo, en *talentum* (τάλαντον) con AP **'tālētŭm*, según la EA y mi hipótesis, y con AH *ta'lētum*, lo que significa que, de haberse introducido en la lengua latina esta forma durante la época del AH, éste habría respetado su vocalismo (**ta'lantum*) al dejar de ser átona la vocal breve interior.

Verdad es también que, para la época histórica, el campo de operaciones de la apofonía se había ya reducido de modo considerable. En esa época una secuencia como *defectus*, con vocal media breve pero seguida de consonante (ΣŷcΣ), secuencia tan extendida en la lengua, ya no podía experimentar alteración alguna de timbre, pues el acento, gobernado ahora por la cantidad silábica, recaía sobre la vocal medial breve parapetándola. En cambio, en una época inmediatamente anterior, la del AP, esa vocal —necesariamente átona— había sido, como dije a propósito de *talentum*, vulnerable. Debemos, con todo, presentar los hechos —el cese de apofonías, la imposición de la cantidad silábica como directriz acentual y la limitación de la sílaba antepenúltima— aislada e independientemente, aunque podamos suponer que existió alguna clase

de interrelación —y probablemente de orden jerárquico— entre ellos, cuestión que, por supuesto, sería interesante estudiar.

Por ello el testimonio de los préstamos griegos me parece de suma importancia, en cuanto, sin especificarnos las causas, nos dicen simple, pero claramente que nos encontramos ante dos estados sucesivos distintos desde el punto de vista prosódico de la lengua.

7. Posibles restos del AP y algunos otros datos de interés.

Si en el mundo del lenguaje no hay transiciones repentinas, tal como acertadamente afirma Löfstedt⁹, máxime en un aspecto tan importante como éste y dado que el acento que hemos descrito actúa, como vimos, en el período inmediatamente anterior al del latín clásico, es lógico pensar que en este período nos encontraremos con vestigios de esa época anterior, en la cual, según la formulación expuesta, el acento, de no encontrar ninguna vocal larga a partir de la penúltima, puede y debe retrotraerse hasta la sílaba inicial.

Es igualmente lícito y lógico indagar esos posibles restos en las excepciones, pues «en Fonética, al igual que en Morfología y Sintaxis, la excepción es normalmente un resto del pasado, la mejor arma para su exploración» como bien afirma Rodríguez Adrados¹⁰. Examinemos, pues, qué tipos son excepcionales para las normas del AH, y si éstos serían explicables como restos del AP que describo.

El tipo de acentuación popular *'trīgīntā* que Consencio recoge como barbarismo (*GLK V 392*) parece testimoniar en favor de mi hipótesis la validez del principio de que lo que vale aquí es la cantidad vocálica, no silábica. Nyman explica esa acentuación como resto de una acentuación antigua del primer miembro del compuesto: **tri-gīntā* (es decir, *'tri-"gīnta*)¹¹, mas, a mi modesto entender, no logra aclarar, aunque propone diversas soluciones, por qué nos encontramos con *qua'dragīnta*, y no, como sería coherente con sus postulados, **'quadra"gīnta*. Curiosamente, otra vez, tenemos *quā'drāgīnta*. Esto es muy importante, pues el tipo *'trīgīntā* sería explicable como resto del AP descrito por la EA, casi como hace, por ej., Väänänen, quien habla aquí de «una inten-

⁹ E. Löfstedt, *Late Latin*, Oslo 1959, p. 1.

¹⁰ F. Rodríguez Adrados, «Ley fonética, sonantes y laringales», *Estudios de lingüística general*, Barcelona 1969, p. 153.

¹¹ M. Nyman, «Reconstructing Compound Accentuation on the Pre-Latin Initial Stress», *Arctos* 17, 1983, p. 37 s.

sidad inicial expresiva»¹², pero no el tipo *quā'drāgīntā, sē'xāgīntā, ōc'tō-gīntā*, únicamente acordes con la descripción de la posición del AP que he expuesto, posición de la que serían restos.

En tanto, los tipos *fā'cīlīūs, cē'cīdērō, sē'quīminī, mū'liērēm*, en los que, según algunos gramáticos antiguos, los poetas escénicos se esforzaban en hacer coincidir *ictus* y acento de palabra (**fācīlīūs, *cēcīdērō...*), indicarían la posibilidad de retrotraer el acento, no habiendo vocales largas no finales, hasta la sílaba inicial.

Este testimonio me parece muy importante por dos razones. Anticipo una: el tipo **sequiminī, *cecidērō* nos hace alejar la leve sospecha, necesaria para no partir de apriorismos, de que el acento pudiera recaer alguna vez (no tratándose —claro es— de monosílabos) en vocal final larga.

Se dirá ahora que este fenómeno puede ser igualmente explicado suponiéndolo un resto del acento fijo inicial de la EA. Pero hay una pequeña, aunque —estimo— importante diferencia, a saber, que la hipótesis que humildemente postulo es más refutable (por tanto, menos hipótesis) que la de la EA. El tipo **fācīlīūs* es, como he dicho, ciertamente acorde tanto con las tesis de la EA como con las de mi exposición. Ahora bien, curiosamente en todos esos ejemplos nos encontramos con la secuencia $\check{V}\check{V}\check{V}\Sigma$, secuencia a la que explícitamente aluden los gramáticos. Mi hipótesis establece, no obstante, que una acentuación inicial sería incompatible en el período prehistórico (y, desde luego, en latín clásico) con cualquier vocal larga medial. Es decir, una secuencia variante del tipo $\check{U}\check{V}\Sigma$ arruinaría mi hipótesis. Curiosamente la secuencia tipo **fācīlīūs* ($\check{V}\check{V}\check{V}\Sigma$) es la *única* que mi hipótesis, a diferencia de la de la EA, permite aceptar en estos casos. Y *de facto* es la única que se produce. No encuentro, en cambio, ningún ejemplo del tipo de secuencia que arruinaría mi argumentación.

Por último, anoto que el tipo *'dēīndē, 'ēxīndē* es también susceptible de ser interpretado congruentemente como un resto de la época del AP que postulo. Para explicar, en cambio, este tipo Bassols debe recurrir al empleo de tres hipótesis: 1) probablemente al principio eran acentuadas «correctamente»: **exinde, *deinde*, 2) al surgir las formas apocopadas **exin, *dein*, éstas, para adaptarse a las reglas generales, desplazaron el acento: *'dein, 'exin*, 3) por influencia de estas últimas se desplazó también en *'deinde, 'exinde*¹³. Esta teoría establece, además, una arbitraria

¹² V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar*, trad. M. Carrión, Madrid 1982 reimpr., p. 70.

¹³ M. Bassols de Climent, o.c., p. 45.

discriminación: ¿por qué formas como *il'lic(e)*, *tān'tōn(e)* no produjeron **il'lic*, **tāntōn*, y éstas, a su vez, **ill'ice*, **tāntōne*. Mi explicación substituye esas tres hipótesis por una más simple: '*deinde*, '*exinde* serían restos de la posición del AP.

Resto diáfanoamente congruente con mi hipótesis sería igualmente el tipo '*intēgrum*, '*tēnēbrae*, donde —sabemos— en época clásica esa acentuación convive con la paroxítona. Ya sé que estos dos tipos se dejan también explicar como un posible resto de un AP caracterizado según la EA, y que incluso cuentan con el apoyo griego. Pero aquí hay un hecho significativo que creo mi deber indicar: los tipos románicos (ital. *in'tero*, cast. *en'tero*, fr. *ent'ier*) muestran el triunfo claro e inapelable de la acentuación paroxítona, así pues, salvo que entendamos que las tendencias de desarrollo fonológico son algo así como un río cuyas aguas remontan hacia el manantial caprichosamente, es lógico suponer que la acentuación proparoxítona es, como ya manifiesta, al parecer, la versificación dramática arcaica¹⁴, la más antigua, lo que, siendo irrelevante en lo relativo a la posición del AP para la EF e indiferente para la EA, es perfectamente congruente con mi tesis, en la cual, como intento demostrar en el siguiente epígrafe, se diseña con claridad un proceso que conduce de una libertad posicional casi absoluta (pero no arbitraria) del acento a una libertad recortada, de una relevancia de la cantidad vocálica a una relevancia de la silábica, constituyendo indoeuropeo y romance los términos coherentes de este proceso.

8. *Del indoeuropeo al romance.*

Si, como afirma Bednarczuk en su enumeración de las principales tendencias en la evolución de las lenguas indoeuropeas, una de esas tendencias es la del cambio de un acento móvil y tónico por un fijo y dinámico con la consiguiente reducción y abreviamiento del vocalismo átono¹⁵, mi hipótesis no sólo se inserta armoniosamente dentro de esta tendencia, sino que, además, evita el hiato traumático de un acento fijo inicial entre dos acentos móviles. No habría, pues, sino perduración de ese acento móvil.

Es más: las lenguas románicas, el otro extremo de la evolución, pre-

¹⁴ Cf. G. Bernardi Perini, o.c., p. 56; y M. Rodríguez-Pantoja, «Acento latino clásico y acento 'vulgar': el tipo *tenebrae*», *REL* 17, 1987, pp. 372 y 377.

¹⁵ L. Bednarczuk, en la obra colectiva *Języki indoeuropejskie*, Varsovia 1986, p. 47.

sentan, cuando no han destruido la movilidad del acento latino clásico, al límite, el mantenimiento estricto de la movilidad de éste.

Que en época prehistórica la recesión del acento latino estuviese determinada por la cantidad de la vocal y no por la de la sílaba no es, por otro lado, más que el estado, por ejemplo, del griego clásico, donde dase pareja circunstancia.

Que el AP recayera, de haberlas, en vocales largas es el estado del dialecto eslovincio del kašubo, donde todas las sílabas acentuadas son de dos moras, o, en otro sentido, del esloveno —lengua también cuyo vocalismo átono se ve afectado por transformaciones— donde en sílabas no acentuadas aparecen sólo vocales breves, o del polabo, donde el acento descansaba en la última sílaba cuando ésta contenía una vocal larga o un diptongo, pasando, de lo contrario, tal acento a la penúltima sílaba, según Trubeckoj¹⁶. Paralelo más claro es el del pandjabi, donde el acento recae sobre la última sílaba interior que contenga una vocal larga y sobre la sílaba inicial si no hay dicha vocal larga¹⁷.

Que el AP pudiera ser recesivo lo prueba el propio AH latino y también el sánscrito clásico, donde, según Pobožniak, si la sílaba penúltima es larga, recibe el acento; si ésta es breve, lo recibe la antepenúltima, y si también ésta es breve, pasa a la sílaba anterior siempre que ésta sea radical¹⁸. Es decir, no puede superar la cuarta sílaba contando desde el final. Lo mismo sucede en hindi y en el árabe llamado «clásico» que presentan prácticamente igual normativa¹⁹. Que, en cambio, en latín ni siquiera esa cuarta sílaba actúe de límite acentual *post quem non* me parece lo probarían formas como *'ōp(ī) fīcīŭm o *'nāu(ī) frāgīŭm, donde es precisamente esa sílaba la alterada. En chemeris oriental, lengua fina, a falta de sílaba larga, el acento se retrotrae hasta la sílaba inicial²⁰.

El fantasma de «acentos secundarios» arbitrarios, aducidos a veces para explicar el paso del acento fijo inicial al clásico, queda también reducido a su verdadera entidad: la de una hipótesis *ad hoc* y auxiliar. Hipótesis que explicaba cómo *'dedi'catio producía "dedi'catio, pero que dejaba sin explicar por qué *'dete'rius no producía *"dete'rius. Tomo los ejemplos de West, quien señala con razón los inconvenientes de esa

¹⁶ N. S. Trubeckoj, *Principios de fonología*, trad. D. García, Madrid 1976, pp. 188 y 172; y «Polabian Metrics», *Word* 6, 1950, p. 161.

¹⁷ P. Garde, o.c., p. 99 s.

¹⁸ T. Pobožniak, *Języki... c.*, p. 65.

¹⁹ Cf. W. S. Allen, *Accent and Rhythm...*, Cambridge 1973, p. 156 ss., y R. Jakobson, «Die Betonung und ihre Rolle in der Wort- und Syntagmaphonologie», *Selected Writings*, La Haya-Paris 1971, I, p. 117.

²⁰ L. M. Hyman, *Fonología. Teoría y análisis*, trad. R. Monroy, Madrid 1981, p. 247.

teoría, pero el profesor británico supone entonces un «acento secundario anticipatorio», fijado a partir del acento principal de la siguiente palabra de acuerdo a las mismas reglas que determinan la incidencia de un acento secundario en polisílabos durante el período histórico (*'miseri'cordia*)²¹. Mi hipótesis es más sencilla: por ej., los tipos por él aducidos, *ad 'tōnsōr(em) 'īrē* (Plaut. *Asin.* 394) o *ad 'scribēnd(um) 'adpūlit* (Ter. *And.* 1), son igualmente explicables según mi exposición como restos, evitando, además, el peligro de una indistinción entre acento de palabra y de frase. Intencionadamente mencioné en su momento la necesidad de postular acentos secundarios no contiguos. En checo, donde el acento recae siempre en sílaba inicial, hay, de manera general, un acento secundario sobre toda sílaba impar²². No debemos dejar abierta la posibilidad de encontrar arbitrariamente acentos secundarios allí donde cada uno los necesite.

Mi teoría tampoco perturba el pulcro reposar de los silenciosos etruscos, aducidos a veces para explicar —*obscurum per obscurius*— el origen de ese fijo acento inicial intensivo, así como tampoco se arriesga a entrometer la candidatura de otras etnias, pueblos o castas. Leumann, por ej., cree posible la influencia de los siguientes adstratos o substratos: etrusco, osco, celta, germánico e incluso «lenguas mediterráneas»²³. Pulgram ha reaccionado contra estos excesos: ni hay evidencias de bilingüismo, ni un préstamo de acento es lo mismo que un préstamo léxico²⁴. Alheim ha postulado una influencia del galo en lo relativo al acento de intensidad inicial²⁵. La crítica de Bonfante es contundente: el galo desconoce tal clase de acento²⁶.

Si aceptamos que en la prehistoria de la lengua latina es la cantidad vocálica de la sílaba no final la que determina la posición del acento, ese cambio se deja inscribir coherentemente en una poderosa tendencia que la perspectiva histórica nos permite serena y científicamente contemplar, tendencia que —me atrevería sólo a sugerir— podría ser la alarmante pérdida de la distinción de la cantidad de las vocales.

Así las equivalencias vocal larga = vocal breve en sílaba cerrada =

²¹ M. L. West, *Gnomon* 48, 1976, p. 4.

²² Cf. A. Martinet, *Economia...* c., p. 226.

²³ M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, Munich 1977 reimpr., p. 247.

²⁴ E. Pulgram, *Latin-Romance Phonology: Prosodics and Metrics*, Munich 1975, p. 99.

²⁵ F. Alheim, *Geschichte der lateinischen Sprache von den Anfängen bis zum Beginn der Literatur*, Francfort 1951, p. 301 s.

²⁶ G. Bonfante, «Nota sull'accento latino», *RAL* 39, 1984, p. 53.

(¿vocal seguida de consonante geminada?)²⁷ = vocal de timbre cerrado = vocal acentuada no serían (y quizá por este orden cronológico) sino sucesivos sistemas defensivos de la lengua tendentes a inmunizarla del naufragio de la distinción cuantitativa de las vocales.

Así, curiosamente, de una época inicial donde se sentía que toda vocal larga era tónica, era, pues, equivalente a una tónica (y esto era verdad siempre que no hubiese otra vocal larga en la palabra), se habría pervenido a una época, la del latín tardío, donde toda vocal tónica era sentida como larga, era, pues, equivalente a una larga (y esto era verdad etimológica e históricamente en bastantes casos), sólo que, para entonces, la cantidad vocálica no era ya un fenómeno prosódico distintivo. El proceso es, pues, congruente y parece responder bien a esas tendencias que Vendryes señalaba para las lenguas con acento (intensidad) y cantidad vocálica simultáneas: «la quantité longue attire en général l'intensité... l'intensité détermine le plus souvent la quantité longue»²⁸ y que yo parafrasearía como «la longitud crea intensidad, la intensidad crea longitud».

9. Conclusión.

Deseo concluir enfatizando el carácter necesariamente provisional de mi hipótesis. Los datos que he podido manipular y que no son otros que los tradicionalmente utilizados, ofrecen algunas expectativas que deben ser convenientemente exploradas.

Hay aquí, además, que considerar un factor de suma importancia: prácticamente sólo accedemos a la época prehistórica, donde tienen lugar las apofonías, desde testimonios de la época histórica, en la cual, como vimos, las vocales breves átonas son mucho más estables. Así, presumiblemente, muchas formaciones nuevas entraron en el sistema léxico del latín en una época antigua, sí, pero ya no apofónica. Antes de determinar qué formas se comportan anómalamente en este punto, es, pues, necesario datarlas con precisión. Los tipos *'trigīnta*, **fācīlīūs*, *'intēgrum*, **bē'nēfīcīūm* parecen, sin duda, antiguos, pero ¿cómo asegurar que el anómalo tipo *cal'fācio* es también antiguo cuando tenemos bien atestiguado *cal'ficio* (Cic. *Nat.* II 151, *epist. frg.* 4,3; *Cael. Fam.* VIII 6,4, y *Suet. Tib.* 47)?

²⁷ Véase J. V. Rodríguez Adrados, «Geminadas latinas = ¿grafemas acentuales?», *Apophoreta philologica E. Fernández-Galiano...*, Madrid 1984, II, p. 126.

²⁸ J. Vendryes, *Recherches sur l'histoire et les effets de l'intensité initiale en latin*, París 1902, p. 10.

Intuyo asimismo que un análisis estadístico de los diversos tipos de secuencias posibles proyectaría no poca luz sobre el tema. Si bien la abstracción es necesariamente inevitable en los primeros momentos del análisis, actuamos —ésta es la verdad— suponiendo una absoluta igualdad de infinitas expectativas secuenciales que en la práctica no debieron darse. Quiero suponer que un examen tipológico de las diversas perspectivas secuenciales reales aclararía qué secuencias eran estadísticamente las más generales y extendidas, y, por lo tanto, cuáles presionarían en una dirección determinada sobre el sistema prosódico de la lengua. Si el resultado de tal encuesta mostrara grande o una mayor proporción de sílabas o vocales largas en posiciones silábicas penúltima y antepenúltima, ello constituiría un refuerzo a mi hipótesis, con la que convergería en señalar una tendencia direccional a situar el acento en esa zona.

Igualmente una localización de testimonios —testimonios indiscutibles y no explicables por causas independientes de la posición del acento— de una variante de la secuencia * $\check{V}\check{V}\Sigma$, secuencia incompatible con mi hipótesis para el AP, refutaría mi argumentación, salvaguardando, en cambio, la de la EA, con cuyos presupuestos es concorde.

Inevitablemente, con todo, debe previamente asumirse la probabilidad de encontrarse con algunos fenómenos anómalos o excepcionales. En su estudio sobre el método de investigación del acento ya advierte Kuryłowicz que el establecimiento de «leyes fonéticas sin excepciones» es en el campo del acento mucho más difícil que en ningún otro lugar²⁹.

XAVERIO BALLESTER

²⁹ J. Kuryłowicz, «Do metodyki badań akcentowych», en *Studia językoznawcze*, Varsovia 1987, p. 71.